



¿MI CARICATURA!?

ANTE todo, dispense la Academia — cuyos Balaguer y Catalina beso, — la manera de señalar mi admiración. Me admiro y al mismo tiempo pregunto. Todo esto cabe en lo humano. Puede uno admirarse preguntando, lo mismo que afirmando.

Por ejemplo: á mí me admira que Balaguer, ese género catalán de la literatura, entre á conservar el idioma en la caja de conservas que se llama la Academia, y, más elegante y oblicuamente, la casa de la calle de Valverde; pues bien, digo yo:

*En Balaguer, á mi ver,
tu locura es singular,
¿¡quién te mete á conservar
lo que has echado á perder!?*

Me admiro de que se meta, y, al mismo tiempo, le pregunto que quién le mete á eso.

* * *

Me pide el director del *Madrid Cómico* mi retrato para hacer mi caricatura.

Y yo me admiro de que se pidan estas cosas; y pregunto, sí, en efecto, *no estoy soñando*, como en el teatro se preguntan los que leen cartas que no les convienen; si es verdad que se quiere hacer mi caricatura con mi permiso.

Bueno, hombre, bueno, háganla ustedes.

Así como así ya no estoy en estado de merecer. He perdido las pocas ilusiones que pude haber tenido respecto á mi físico. No hago lo que Cánovas, que no se contenta con que Romero Robledo sea guapo, y quiere serlo él también.

Una vez asistí en el teatro Real á una especie de juicio de París al revés. Dos señoras del paraíso, de esas que tienen los codos gastados á fuerza de hacer el amor con la elocuencia del silencio, se decían en voz baja:

—¿Qué te parece de ese? (*Ese era yo*).

—Es feo.

—Sí, pero simpático.

Sentí la lisonja y perdoné la ofensa. Me enternecí de tal modo, que cuando Gayarre llegó á lo de *spirto gentil* bañó mis mejillas el llanto.

¡Oh, joven desconocida! Si eres poetisa y publicas *Sueños*, *Fantasías*, *Aspiraciones* ó cualquier cosa de esas con que se nombra el flato espiritual, no vaciles; mándame el libro y yo diré también que tus versos son feos, pero simpáticos.

¡Si todos se resignaran como yo!

¿Por qué Bremón, por ejemplo, que es tan discreto revistero y habla de la cuestión de Egipto como si la hubiera parido, y se incomoda con la Puerta, como si por allí le fuese á entrar un aire colado; por qué Bremón, repito, tan discreto y decididor, se ha de empeñar en ser poeta dramático?...

* * *

Volviendo á mi caricatura, diré á ustedes que la que publiquen no será la primera.

Mi caricatura ya la han hecho mis enemigos.

He visto muchas ediciones de ella. Suelen publicarla sin mi nombre debajo. No la reconozco por

el parecido, sino por los rasgos convencionales que constantemente me atribuyen.

Así como á Sagasta le pintan con un tupé que no tiene (porque el que tiene es otro), á mí siempre me pintan mordéndome el rabo, déjenme ustedes concluir, como una culebra de esas que representan la eternidad.

En una palabra, que dicen que yo soy todo envidia, y que por no tener ya que morder, me muerdo á mí mismo.

Calumnia. No sé lo que es envidia.

Será orgullo ó buen natural ó todo mezclado (vaya usted á saber), pero el resultado es que yo no envidio á nadie, ni á Cañete, que nunca come en casa (come en los Cisnes, le he visto yo muchas veces).

Tengo una receta para no envidiar á nadie.

La publico porque puede convenir á muchos, (donde digo muchos, léase todos).

¿Que un amigo, conocido ó desconocido, hace alguna gran cosa, demuestra un soberano talento? Mejor: suponiendo que yo también soy un genio— que es lo que supone cada cual,— ¿por qué no he de dejar que haya otro? La historia me demuestra que ha habido muchos, pues ¿por qué no ha de haber uno más? ¿Y por qué ese no ha de vivir en mi época, á mi lado, en mi compañía? Precisamente, en la historia hay temporadas en que se dan genios, como diría el Gobernador de Madrid

antes de su conversión (1). Díganlo el siglo de Pericles, el siglo de Augusto, el de León X, la edad de oro de la literatura alemana, cuando, sólo en Weimar, se juntaban más de cinco genios alrededor de Goethe. Pues señor, ¿por qué no ha de suceder ahora lo mismo? Seré yo un genio, bueno, lo admito; pues también puede serlo el joven que ayer dió una conferencia en el círculo de los Concéntricos acerca de la influencia de tal cosa en tal otra (probablemente el progreso), y otro genio el autor que estrena hoy y el poeta que lee versos mañana. ¿Por qué no?

Para que no haya envidia conviene que se propague la vanidad y el orgullo. El vanidoso no envidia, porque en toda envidia va implícita una comparación, y la que establece el vanidoso siempre es ventajosa para él.

El orgullo no compara siquiera.

De todo lo cual resulta, ó, sino de eso, de otra cosa, pero en fin, resulta que yo no tengo envidia á nadie, como se me ha dicho hasta en anónimos.

Cierto es que el verso malo y la prosa mala no me gustan, y que hablo pestes de los autores detestables... Pero eso mismo prueba que no tengo envidia. Los envidiosos son los que hablan mal de los buenos.

(1) Este Gobernador no es el Sr. Villaverde, el cual no tira de la oreja á Jorge, sino á los estudiantes.



CARTAS Á UN POETA

(PRIMERA Y ÚLTIMA)

AMIGO Bartolillo: Me escribes una epístola de no sé cuántos miles de tercetos (acaso no sean miles, pero á mí ya se me hacen los dedos tercetos) con el fin de convertirme á tus ideas, como tú las llamas, ó sea con el propósito de que alabe tus versos y los de otros como tú. No en mis días. Seremos todo lo amigos que tú quieras, Bartolillo; es cierto que hemos ido á la escuela juntos (y ahora recuerdo que tenías muy mala ortografía entonces); habremos comido esas cosas que tú dices al mismo tiempo; pero hijo eso ¿qué tiene que ver? ¿Crees tú que López Trabajador, el poeta de los ripios trascendentales, no habrá comido también muchas cosas y tal vez ido á la escuela, aunque esto no se puede jurar